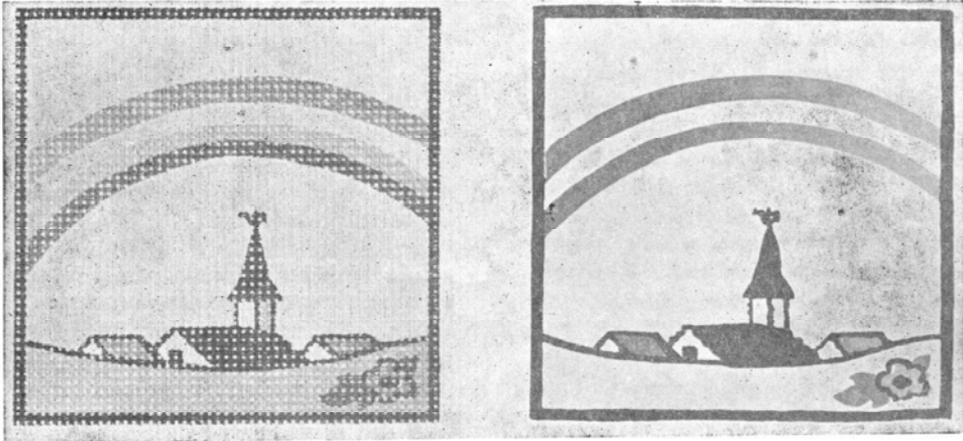


### UNA VISITA AL TALLER DE ALFREDO ALCAÍN

¿Por qué caminos puede ir la pintura? ¿Hasta qué punto tenemos que exigir del arte la sumisión a unas directrices privativas en situaciones, épocas o ideas determinadas? La verdad es que acoger la creación hasta esos extremos me parece un pecado de lesa libertad que el arte

que hice meses atrás acompañado de esos dos buenos conocedores del arte que son José Luis Castillejo y Alfonso López Gradolí, me asaltaron todos estos interrogantes y me interesó escribir algunas líneas sobre la obra de este pintor que vive, con terca fe, un mundo personalísimo. Tu-



tendrá que pagar bien caro, más tarde o más temprano, cualquier lustro de éstos. Si convenimos que el artista tiene que andar por los estrechos y tortuosos senderos de su criterio personal, y desembocar —a veces— en callejones sin aparente salida posible, para andar de nuevo en busca de nuevas salidas y soluciones (y sigo insistiendo: si quiere ser personal), no podemos andar nosotros (críticos o espectadores) exigiéndole tal o cual conveniencia, tal o cual compromiso, o imponiéndole tal o cual señal de obligatoriedad.

En la vista al taller de Alfredo Alcaín,

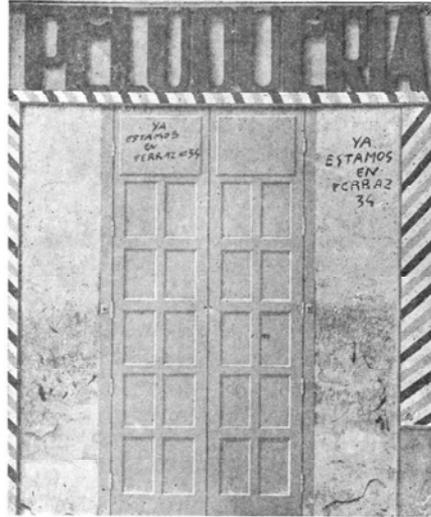
ve la oportunidad de conocer al artista en su minucioso laborar, en su constante trabajo y en sus inevitables tropezones, desazones y desmayos. No ha sido una experiencia, sin embargo, menor la de saborear de cerca su obra; una obra que había admirado siempre a través de reproducciones y que nunca había podido mirar al natural. Si Alcaín no es estridente en sus gustos, ni en su estar con los demás, ni en su “posse”, tampoco lo es en su obra. El sencillo ingenuismo de Alfredo Alcaín se trasmite a sus obras por mor de una simple sinceridad que, a veces, como ocurre casi siempre con la sinceri-

dad, es dolorosa. Entre él y su obra no existe tierra de nadie. No hay transición. La mirada es sufici eptneara que pueda acercarse a la realidad (y poseerla), pero sin que se adivinen en el interin prejuicio alguno, ni presupuestos retorcidos, ni intenciones y símbolos recónditos. Y, con todo, la obra de Alcaín brota llena de sentido y de fuerza crítica. Y digo crítica porque no hay otro término para señalar lo que de reflexión hay en esta inmediata visualización de un mundo plano, cerrado, lineal y minucioso.

Y habrá que referirse en primer lugar a las tiendas. Tiendas y establecimientos comerciales (zapaterías, peluquerías, tiendas de ropa interior, de aparatos ortopédicos...) que están siempre cerrados, bloqueados por los planos fríos que, con matemática precisión y algunos toques de ironía, y hasta de humor negro, dibuja el minucioso Alfredo Alcaín. En esas tiendas (y aunque lo proclamen carteles bien visibles) no se vende nada. O se venden objetos inservibles. O higiene dudosa (si nos atenemos a la vista de algunas de sus fachadas). A esas tiendas de Alcaín no se puede entrar. Todo está tras la puerta, pero está imposible, lejano, oscuro. Y, sin embargo, qué mundo de sugerencias se nos hace patente. Qué mundo rico y familiar yacerá escondido tras esas persianas caídas, deshaucio o cierre definitivo, o, simplemente, de una a cuatro.

Ante tales imposibilidades nos sentimos atraídos, arrastrados por una malsana curiosidad, por una hipnótica sugestión. Nos sentimos en la urgente necesidad de entrar y ver. Alcaín nos propone como un juego, como una especie de jeroglífico ante el cual no podemos sentirnos pasivos. Y se nos clava en la mente la idea de la adivinanza, de la curiosidad por saber qué hay y quiénes habitan en esas tiendas. En la obra de Alfredo Alcaín nunca hay personas, sólo objetos. Y objetos muertos, como el mismo mundo comercial al que pertenecen. Porque las tiendas de Alcaín pertenecen a una sociedad finisecular donde

los reclamos publicitarios, las ventas, el marketing, los "spots" eran algo así como una ciencia-ficción. El consumo, inconcebible. Los mensajes que desde las puertas y ventanas de sus comercios nos hace el pintor son muestra evidente de que en tor-



no a aquello algo ha periclitado; de que allí se hace el último inventario. Como observador de ese mundo —y a título personal— se me antoja pensar que en el mundo de los comercios que pinta Alcaín la humanidad se ha acabado; es como si el hongo atómico amenazara, o como si el final del mundo se cerniera sobre nosotros. Pero no se trata de una obsesión abstracta, vacía, sino que tiene su ubicación en la más cercana de nuestras apetencias: como si nuestra vida hubiese cerrado sus puertas, se hubiese aislado intencionadamente. Una pared insalvable y un reclamo publicitario inservible.

Durante aquellas horas en el ático de la calle de Infantas vimos cuadros y más cuadros, muñecos y objetos de caracteriología *ramoniana*. Y pasamos revista a los últimos trabajos de Alfredo Alcaín expuestos en Madrid. Me ha sorprendido este su nuevo mundo pictórico. Insistiendo en esa congelación de la vida y de lo cá-

lido humano, sus últimas experiencias, variaciones sobre cañamazos multicolores y alegres de bordados escolares, pero terriblemente estáticos, nos hacen pensar que para Alcaín el mundo de los objetos es mucho más rico, necesita mucho más nuestra complacencia y atención que el mundo de los hombres.

Las variaciones que vemos son variaciones de color, pero manteniendo el mismo estatismo alegre del modelo. Alcaín sigue siendo un minucioso observador, y un muy sagaz entendedor de su mundo. No hay gran diferencia (a pesar de las apariencias) entre su obra anterior y ésta. Vuelve el juego sobre planos y el sencillo tratamiento de la realidad. El mismo ámbito cerrado y limitado. La misma carencia de actividad. Pero ahora se ha añadido una nota más al juego; algo que implica una nueva aventura. Alfredo Alcaín propone al espectador no una sola situación, no un único objetivo, sino que pretende que mire el cuadro de otra forma: al duplicar la imagen, simultaneándola, (original y variación pintada por el artista), y al ofrecérsola al unísono se propone una suerte de dicotomía visual que altera la tradicional relación entre el espectador y el cuadro. La contemplación se hace más activa, se implica al espectador en otro juego, no ya de interioridades temáticas, sino de visualizaciones externas. Cañamazo (modelo) y nuevo tema

(recreación) ofrecen a nuestra consideración el hecho de la recuperación (una vez más) de un mundo ignorado, olvidado y lejano. Pone de nuevo sobre el tapete el amoroso requerimiento con que Alfredo Alcaín busca las cosas las incluye en su mundo. El color sigue siendo plano, las luces y sombras señalan contrastes violentos, sin transiciones, sin solución de continuidad. Los objetos siguen habitando un mundo muerto, pero ahora la perspectiva crea un ámbito abierto, de cielos despejados, luminosos (no portalones sombríos y chirriantes que abarcan todo un primer plano agresivo), pero siempre latiendo en ellos la nota de cruel ingenuismo que comporta la no matización del color, el rigorismo de los planos y los objetos, el minucioso seguimiento de la realidad, lo cual no cierra el camino al personalísimo hacer alcaíniano. En la traslación que del original (sea tienda, sea cañamazo bordado) se hace vive siempre el deseo de descubrimiento, de que nos sintamos solidarios con el entrañable saboreo visual y colorista, y con el inquietante trasfondo de la ulterior intencionalidad del pintor al requerir nuestra atención frente a una determinada y concretísima parcela de la vida cotidiana; ese mundo por el que solemos pasar de largo y que tantas implicaciones puede tener: esas que Alcaín sabe descubrir de forma muy sugerente.

JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN